

“Un cuento infantil de Pardo Bazán: “El lorito real” (1893)”

Cristina Patiño Eirín

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

La aparición en un semanario pontevedrés con fecha de 24 de junio de 1893 de un cuento hasta ahora no catalogado en la bibliografía de Pardo Bazán referida a su producción de narrativa breve no hace sino evidenciar una vez más la insondable y por ahora inasible conformación de su *opera omnia* y en particular de sus cuentos¹.

A mayor abundamiento, el relato que aquí exhumamos –regularizando su ortografía y respetando sus usos laístas– presenta una categorización temática, estilística y pragmática nada habitual en la *praxis* cuentística de la escritora coruñesa. Siempre reacia al cultivo del cuento infantil, como había dejado dicho en el sustancioso prólogo a *La Dama joven*, no deja de ser curioso que ella misma subtitulase este cuento pensando en un destinatario concreto y plural: los niños. Bien es verdad que lo hacía en una publicación periódica de naturaleza satírica.

Pero la fecha de sus palabras previas al volumen *La Dama joven* es 1885 y nuestro cuento data al menos de 1893. “El príncipe Amado”, cuento que su autora consideraba excepcional, “es el único cuento para niños que he escrito en mi vida, y a la vez el único escrito que ha hecho vacilar un tanto mis firmes convicciones estéticas” (2003: 9)². Media un intervalo de tiempo,

¹ María del Mar Novo Díaz, que ha recuperado ya del olvido otros textos pardobazanianos, tuvo ocasión de hallar “El lorito real” en el transcurso de sus investigaciones acerca de Emilia Pardo Bazán en las bibliotecas de Lugo. En *Extracto de Literatura. Semanario Dosimétrico Ilustrado*, publicación periódica que se encuentra en el Seminario Diocesano lucense, apareció también el cuento “Martina”, como Novo Díaz dio a conocer en su Trabajo de Investigación Tutelado por mí misma y titulado “Emilia Pardo Bazán en las bibliotecas de Lugo”, leído en la Facultad de Filología de Santiago en junio de 2004.

² *Cfr.* en la edición de D. Villanueva y J. M. González Herrán, *Emilia Pardo Bazán, Obras completas*, Tomo VII, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2003. En su primera edición en libro, con dibujos de Obiols Delgado y grabados de Thomas, Barcelona, Biblioteca “Arte y Letras”, Daniel Cortezo y Cía, pp. 341-367, leemos una nota previa: “Declaro que este cuento está escrito para las señoritas mayores de siete años y para los caballeros que han cumplido ocho. Los *bebés*, que todavía no alcanzaron la edad de saber la doctrina y de estarse quietecitos en visita, se divertirán más con otras historietas, particularmente si versan sobre aventuras ocurridas a caballos, borricos, grandes perros de Terranova, pajaritos color de cielo y otros amigos íntimos que la Naturaleza brinda a la infancia” (1885: 341-342).

entre 1885, en realidad 1879 –fecha de la primera publicación en *La Niñez* de Barcelona-, y 1893 en el que doña Emilia pudo cambiar de opinión y decantarse por ampliar su público y no circunscribirlo al adulto, o bien se trata simplemente, si damos crédito a su aseveración, de una excepción rara en su bibliografía. Doña Emilia no podía resistirse a ensayar un cuento infantil a la usanza española, no en vano era consciente de que “por lo que toca a narraciones, a novelas y leyendas infantiles, vivimos de prestado, dependiendo de Francia y Alemania, que nos envían cosas muy raras y opuestas a la índole de nuestro país” (*Ibidem*).

A tenor de la peripecia, los personajes y el estilo que construyen “El lorito real”, no habría muchos más en su acervo cuentístico. Cuentos con protagonismo o título animal escribió más: del mismo año 1893 data “Linda”, por ejemplo, aunque se trate en este caso de un cuento bien distinto en tono, dicción y alcance crítico. La presencia de animales suele ser recurrente, no obstante, en los relatos infantiles de Pardo Bazán.

Si la firma de la autora no apareciese al final, tal vez dudaríamos seriamente de su atribución. Con todo, no descartamos que exista un *corpus* pardobazaniano de cuentos infantiles suficientemente relevante como para otorgar a la antigua afirmación de 1885 valor caduco teniendo en cuenta el afán, tan suyo, de naturalizar un subgénero conforme había hecho ya con otros como el relato policiaco. Consideraciones profesionales de índole pedagógica o familiar y doméstica pudieron haber influido en la oportunidad de esta anomalía. En cualquier caso, y a beneficio de inventario, he aquí un cuento infantil de Emilia Pardo Bazán.

EL LORITO REAL
(CUENTO PARA LOS NIÑOS)

¡Si supieseis qué alegre se puso Tina Gutiérrez cuando su padrino la regaló el día de Santa Tina (que era en el calendario el de Santa Florentina) un juguete vivo, que corría, se movía, mordía y chillaba: un loro preciosísimo, comprado cerca del Teatro Español, allí donde están expuestos en sus jaulas tantos avechuchos, canarios, palomos, guacamayos, monitos y perros!

Con mil transportes de gozo, Nené se propuso consagrarse a labrar la felicidad de su loro, cuidando de limpiarle la jaula, mudarle el agua, evitar que viese ni desde una legua el perejil (ya sabéis que el perejil mata a esos bichos), y traerle garbanzos bien cociditos, bizcocho y otras golosinas.

La verdad es que el lorito era una monada. Tina no cesaba de alabarle. ¡Qué diferencia entre él y las estúpidas de las muñecas, que no daban a pie ni a pierna, se estaban eternamente en la misma postura, y para que abriesen o cerrasen los ojos había que tirarles de un cordelito!

El loro hacía mil morisquetas chistosas: alzaba una pata; se rascaba el moño; cogía los garbanzos y los trituraba con el pico; se enfadaba; se erguía; intentaba morder, y aunque en lo de hablar no estaba tan fuerte, ya iría aprendiendo –decía Tina-, que se había declarado profesora del loro.

A fuerza de repetirle a Perico (este fue el nombre que le pusieron) algunas palabras y luego algunas frases, el animalito daba esperanzas de aprenderlas.

“Lorito real” –le decían- y él graznaba: “¡Lorrito!”, o cosa semejante.

“¡Rico! ¡Ric...co! ¡Precioso! ¡Prerrccioss!”.

Sin embargo, o la tardanza del loro en aprender, o la poca paciencia de Tina, eran causa de que se eternizase la educación aquélla. Perico no pronunciaba bien claro, y Tina, que aquí en confianza os diré que estaba bastante mimada y consentida por sus papás, y tenía muy bien puesta la costumbre de que en todo se la cumpliese volando el santo gusto, empezó a rabiarse y a enfadarse con el discípulo torpe.

Ya, en vez de repetirle las palabras cucas de al principio, sólo le decía otras muy feas, mil insultos que la salían de la boquita como sapos de una rosa: “¡Asno! ¡Sabandija! ¡Estúpido! ¡Panoli! ¡Idiota! ¡Borracho! ¡Indecente! ¡Puerco! ¡Bruto! ¡Porra! ¡Demonio!”. Etcétera, etcétera.

Y se las decía con tal ahínco y tal furia, que el loro las repetía mucho más claro que las otras.

Si me preguntáis cómo Tina, una niña de familia respetable, podía haber aprendido tales nombres y palabrotas tan ordinarias, os contestaré que la ordinariez es igual que el barro de la calle: sale uno muy cepillado y limpio, lleva cuidado de no ensuciarse... y, ¡vaya por Dios!, vuelve uno a casa con el bajo del vestido lleno de motas.

De oír a los criados, de escuchar conversaciones al paso, ¡se aprende cada atrocidad! Por eso no sirve de nada el impedir que lleguen a vuestros oídos: lo único que se puede hacer es explicaros bien que son cosas malas y que si se oyen, no se repiten. Y vuelvo a Tina y a su discípulo.

Pues sucedió que un día, el padrino de Tina, el que había regalado el loro –y por cierto que le costó quince duros-, tuvo el capricho de enterarse de los adelantos que en hablar había realizado Periquín. Acercóse a la jaula, y Tina, algo confusa, colorada y con la cara de mojígata que ponía siempre

que precisaba esconder una picardihuela, alzó el dedo y dijo al loro: “¡Lorito real!”. Y el loro callado. “¡Rico!”. Y el loro como si fuera de piedra. “¡Monín!”. Lo mismo que un tronco.

-Vaya, creo que te traje un loro tonto –dijo el padrino, convencido de que el loro era incapaz de articular una sílaba. Oír el loro la palabra tonto y abrir el pico y arrojar al padrino de Tina con bastante claridad las mayores porquerías e insolencias de su repertorio, fue todo uno.

“¡Memo! ¡Cochino! ¡Calabaza! ¡Timador! ¡Ladrón! ¡Rata! ¡Esperpento!” y otras lindezas.

-Oye, chica, preguntó el padrino a su ahijada, cogiéndola una orejita. -¿Me quieres decir quién le enseña a este pajarraco a insultar a la gente?

-Paa...drii...no... yo... no... fui... Es que él... es... así... muy... malo... muy infame... muy perdido... Castíguele usted... ¡Déle usted azotes, padrino, que todo se lo merece!

-A ti –exclamó gravemente el padrino volviéndose hacia los padres de la niña- es a quien habría que castigar; que el discípulo no es responsable de lo que le enseña el maestro. ¿Por qué le echas la culpa al pobre animalito?

Mañana saldrás tú al mundo, y a tus padres y a los que te educan habría que darles la azotaina, si a las primeras de cambio disparases una retahíla de desvergüenzas como las que de ti aprendió Periquín.

Emilia Pardo Bazán.

19 Junio 93 (Prohibida la reproducción)

(*Extracto de Literatura. Semanario Dosimétrico Ilustrado*, Pontevedra, 24 de Junio de 1893, Núm. 25, pp. 8-10)³.

³ Existe reciente edición facsimilar del *Extracto de Literatura. Semanario Dosimétrico Ilustrado*, revista que alcanzó a sacar cuarenta y tres números, tuvo como Director a Enrique Labarta, y llevaba como coletilla *Escrito por varios gallegos de buen humor*. Tal vez esa índole satírica explique el experimento pardobazaniano *ad usum Delphini*. Dicha edición facsímil, que no me ha sido posible ver aún, ha sido coordinada por Xoán Guitián y publicada bajo los auspicios de la Fundación Valle-Inclán y el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, en 2005.

